

Consideraciones sobre el *cosmopolitismo* en Rubén Darío

Isaac Sanzana Inzunza
isaacsanzana@gmail.com
Universidad Austral de Chile

Introducción

Rubén Darío es sin duda, una de las figuras más importantes de la poesía hispánica contemporánea. Considerado como el inaugurador de la lírica española del siglo XX, también lo es como profeta y poeta de la raza hispánica. Sin embargo, pese a que su poderosa influencia en las letras hispánicas a finales del siglo XIX y principios del XX fue vital en la consolidación de la identidad latinoamericana, su obra no estuvo exenta de polémicas. Es que el inmenso legado literario que nos ha dejado Rubén Darío, admite múltiples lecturas críticas. Por esta razón, no es extraño que durante sus primeras etapas su obra haya sido juzgada como extranjera. Los españoles por un lado le reprochaban su afrancesamiento y los americanos por otro, criticaban su europeísmo. Al parecer, ambas posturas no podían concebir que su europeísmo, exotismo y universalidad, fueran fruto de su particular espíritu cosmopolita y no parte de un voluntario desapego a América como algunos creían.

En este trabajo, me interesa precisamente, indagar sobre el concepto de “cosmopolitismo” para ver los alcances que tuvo éste en la vida y obra de Rubén Darío. Además, considero que las especulaciones de una crítica incipiente que veían al poeta como un desarraigado de su tierra y afrancesado hasta la médula, quedan resueltas al entender a cabalidad este concepto. De esta manera, mi objetivo principal es ahondar en los registros paratextuales (cartas, autobiografías, prólogos) para ver las marcas cosmopolitas que en ellos subsisten. Así, me centraré primeramente en indagar y reflexionar sobre el concepto cosmopolitismo, para luego ver las razones que motivaron a Rubén Darío a convertirse en un portaestandarte de este paradigma. De igual modo, en este trabajo analizaré cómo se expresa el cosmopolitismo dariano en tres etapas y/o concepciones claves de su trayectoria literaria: sus inicios en Sudamérica, sus vínculos con España y su concepción sobre la renovación del lenguaje.

Cosmopolitismo

En un sentido amplio, el cosmopolitismo define una forma de vida que caracteriza a las personas que se consideran ciudadanos del mundo y han vivido en muchos países. El origen del término se remonta a los estoicos, a su apoliticismo —en la medida que rechazaban la visión griega clásica, para ellos provinciana, que centraba el quehacer público humano en las reducidas fronteras de la “polis” (la ciudad-estado) — y a su concepción del ser humano como miembro de la comunidad universal. Ahora bien, si el cosmopolitismo requiere traspasar las fronteras individuales y particulares para instalarnos en un escenario universal, también es menester reconocer que cada

individuo que se profesa cosmopolita, pertenece a una patria, por lo tanto, no hay cosmopolitismo sin raíces. Es decir, nuestro origen se remonta a una comunidad nacional, a la individualidad que somos y que nos constituye. Hecho este planteamiento, sin embargo, surge una interrogante ¿cuál es límite que separa ambos extremos? Entre lo que somos por determinación geográfica (hijos de un país) y lo que queremos ser por determinación espiritual (cosmopolitas). Frente a esta pregunta, podemos proponer dos tipos de cosmopolitismo. Uno, sería un cosmopolitismo formal, universalista. Sería el cosmopolitismo del “hombre”, de un ser ficticio que poseería, más allá de todas sus múltiples determinaciones histórico-culturales, unos rasgos únicos y básicos, a priori y formalmente compartidos por todos los seres humanos. El otro sería un cosmopolitismo concreto, aleatorio, propio a las culturas, esto es, interculturalista. La metáfora adecuada para representar este tipo de cosmopolitismo, sería la del “viaje” (en el sentido clásico, y estricto), no en el sentido del viaje moderno, turístico, que es desplazamiento sin movimiento, sin devenir. El viaje que proponemos es aquel que siempre implica cambios, transfiguraciones, encuentros y aprendizajes.

Este último tipo de cosmopolitismo es lo que podríamos llamar *cosmopolitismo intercultural*: la disposición para hacer de cada cultura no un mundo cerrado y acabado sino un espacio de inflexión y reflexión con un entorno esencialmente abierto y diverso. Las culturas como mundos hospitalarios, abiertos. De esta forma, un cosmopolitismo intercultural implica asumir que la disposición para aprender de otras culturas, es la mayor virtud que una cultura puede formar en sus individuos, y que, inversamente, el mayor aprendizaje que podemos obtener del conocimiento de otras culturas es la mejor comprensión y valoración (crítica incluso) de aquella a la que pertenecemos¹.

Un cosmopolitismo intercultural, entonces, nos permite tener una experiencia de aprendizajes, de interacciones reales; esto es, el encuentro efectivo de los miembros de distintas culturas –encuentros siempre variables, contingentes y concretos– y no como el encuentro de esas supuestas entidades llamadas “culturas”. Desde este punto de vista, los encuentros entre individuos de culturas distintas involucran en distinto grado, niveles afectivos y corporales, intelectuales e ideológicos y en mayor medida, niveles culturales: hábitos y costumbres, producciones tecnológicas y obras artísticas, música, prácticas e ideas religiosas, ideologías morales o políticas, etc.

Ahora bien, el interculturalismo nos permite además, reconsiderar la idea del “mestizaje” como proceso que implica mezclas e hibridaciones culturales y que en gran medida, nos permite resolver en cierto modo, el elemento etnicista o nacionalista que se escondería bajo el rechazo a la idea del mestizaje que propugnan algunas corrientes del pensamiento crítico contemporáneo. Algunas de estas ideas puristas, insistirían en mantener aisladas a las comunidades culturales a fin de que puedan defender y resguardar sus identidades y peculiaridades “más excelsas”. Tal aislamiento, a mi juicio, resulta prácticamente imposible en una sociedad fuertemente interconectada como la actual, o bien condena a las culturas (en nombre de un “purismo cultural”) a desaparecer lentamente.

Como podemos observar, lo oportuno del mestizaje consiste precisamente en que, por una parte, nos permite comprender que vivimos en sociedades que interaccionan constantemente, y por lo tanto, dicha interacción no está exenta de préstamos, recreaciones y apropiaciones recíprocas. Por otro lado, el mestizaje nos permite contrarrestar aquel afán por la pureza identitaria, que en cierto modo inhibe la libertad y capacidad humana para mezclarse entre culturas diversas para adquirir aprendizajes significativos.

Las razones de ser cosmopolita

Ahora bien, ¿Cuáles son precisamente las razones que motivan a Rubén Darío a convertirse en un *cosmopolita intercultural* por excelencia? Trataré de responder en este apartado, de manera sencilla y clara.

La opción por un hispanoamericanismo parece ser a finales del siglo XIX, la alternativa que ven los letrados frente a los cambios que las identidades nacionales están atravesando; pero, principalmente, parece ser una salida que encuentra la clase intelectual, frente a las alteraciones que sufre la esfera cultural a raíz de los cambios en la industria cultural. De ahí la importancia de las alianzas intelectuales que establece Rubén Darío junto a las negociaciones de una identidad subcontinental que en suma permiten organizar su escritura en función de la idea de una cultura hispanoamericana.

En el plano intelectual, Hispanoamérica permanece aún a fines del siglo XIX, en un notorio anonimato en el escenario internacional, que bien expresa Rubén Darío con la frase “No exagero”. En su crónica “La novela americana en España” (1898), el poeta llama la atención, por ejemplo, sobre el desconocimiento que los españoles tienen de América. Sostiene que en la prensa los ibéricos confunden los países al dar noticias y que para ellos los latinoamericanos son más o menos mulatos y comen guayabas. He aquí un problema o error sobre la definición de la identidad americana, que Darío se propone restituir. De esta manera, tomando como estandarte un cosmopolitismo intercultural, el poeta se da a la tarea de unificar posiciones entre ambos continentes creando un lugar de enunciación colectivo, que sobrevuele las diferencias para evitar el estereotipo europeo y obtener visibilidad en el escenario mundial.

Con el propósito claro de darle identidad y universalizar el continente americano, el poeta de este modo, comienza una búsqueda de autenticidad literaria que comienza con la absorción de escuelas y técnicas culturales diversas. Así, Darío busca corregir el atraso literario del continente y para ello reúne lo mejor de lo extranjero. Para ello no descarta la tradición clásica, ni toma una postura antiespañola como muchos le criticaron, sino que afirma que hay que enriquecer y renovar el lenguaje. Así, lo declara, por ejemplo, en su obra *La vida de Rubén Darío. Escrita por él mismo* (2000):

Así, pues, mis frecuentaciones en la capital de mi patria eran con gente de intelecto, de saber y de experiencia y por ellos conseguí que se me diese un empleo en la Biblioteca Nacional. Allí pasé largos meses leyendo todo lo posible y entre todas las cosas que leí « ¡horrendo referens!» fueron todas las introducciones de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira, y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua. De allí viene que, cosa que sorprendiera a muchos de los que conscientemente me han atacado, el que yo sea en verdad un buen conocedor de letras castizas [...] Ha sido deliberadamente que después, con el deseo de rejuvenecer, flexibilizar el idioma, he empleado maneras y construcciones de otras lenguas, giros y vocablos exóticos y no puramente españoles (Cap. X).

Esta postura lo lleva a expandir su capacidad creadora, asimilando y recibiendo influencias de cualquier tipo, no importa la nacionalidad, pues para el poeta la belleza no tiene patria. Sin embargo, es preciso decir que la de Francia le cautiva con especial énfasis. Así lo demuestra el poeta en una de las cartas que envía a Miguel de Unamuno en 1899:

Por otra parte, no sabe usted lo que yo he combatido el parisianismo de importación, que he tenido la mala suerte de causar en buena parte de la juventud de América; y en el prólogo de mis Prosas profanas he dicho bien claro que no puede tomarse como modelo y guía lo que en mí es producto de mi individualidad y de mi educación literaria. Conozco varias lenguas europeas, he procurado iniciarme en todas las literaturas; pero la de Francia de atraer con viva fuerza y encanto... (1943:49).

Pues bien, en los textos citados anteriormente, Darío deja en evidencia que su proyecto sostenido fue la apropiación de la cultura de Occidente como totalidad o, dicho en nuestros términos, cosmopolita, a través de una fecunda asimilación de toda la literatura decimonónica de Francia, su auténtica patria intelectual.

En suma, el buscar alianzas intelectuales y apropiarse de otras literaturas que ayuden a la renovación del lenguaje, es una prueba más del espíritu cosmopolita de Rubén Darío. El propio poeta da testimonio de ello con las palabras que pronunció en el banquete de *La Nación* en su último viaje a Buenos Aires en 1912:

Al final del estudio que el señor Rodó escribiera sobre mi obra, hace ya largo tiempo, hacía, el voto de que yo llevase a España la iniciación intelectual de América. Con un legítimo orgullo puedo decir que el voto de Rodó se ha cumplido y que, si no por mi pobre influencia, por la influencia del soplo de los siglos, una vez más...va, de continente a continente, savia de América (1943:491).

Inicios cosmopolitas

Apropiarse de un discurso moderno, de un lenguaje y una serie de códigos y significaciones, fue una de las claves que tuvo que usar América Latina para entrar en la modernidad, que ya se consolidaba a principios del siglo XX en Europa y Estados Unidos. En el caso de Rubén Darío, el entrar en la modernidad implicó tomar la bandera del cosmopolitismo, pero este cosmopolitismo dariano no se limita a la incorporación de América Latina a la cultura europea, sino a su inmersión en una cultura realmente universal, que rechaza las tendencias provincianistas tanto hispanoamericanas como españolas. Así, Darío asimila los discursos de la modernidad y se los apropia para América Latina y el mundo hispanohablante.

Desde sus inicios como poeta, su vida está marcada por un afán y una aspiración de extenderse más allá de los gustos y logros de la escena local para alcanzar cierta comunicación y aceptación cosmopolita. Pero esta apertura hacia lo universal, en el caso de Darío no implica trazar sus valores e identidad, puesto que su prédica del cosmopolitismo no renuncia a la necesidad de afirmarnos en nuestra propia cultura y, desde ella, abrimos a la cultura universal, única manera de no ser arrasados por las culturas de los centros hegemónicos. Bajo esta perspectiva, cobra pleno sentido la frase: “Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París” (2005:59). Rubén Darío en este plano fue consciente de la necesidad de integrarnos al sistema mundial, pero desde una identidad mestiza y arraigado en su cultura americanista. Se dejó influenciar por la literatura francesa pero conservó siempre su honda raíz hispanoamericana. Como sostiene Carlos Martín:

Estaban equivocados quienes buscaban al poeta fuera del hombre. Hablaban de los vestidos y de los palacios que habitaba el artista, pero olvidaban el ser esencial del hombre iberoamericano. Se calificaba de extranjerismo lo que no era sino sentido de universalidad, ímpetu de aventura o vocación viajera. Deseaban que el poeta cantara como un nativista dentro de un ámbito tradicional y provinciano, ignorantes de que era el hombre americano quien navegaba por los mares de Francia, de Grecia, del Oriente, del pasado y del presente, encarnando la contradicción, la heterogeneidad y el universalismo del nuevo continente. Les faltaba la perspectiva de la distancia para que la multiplicidad de sus facetas no ocultara su unidad. Y su unidad era Hispanoamérica. Él era el compendio de su raza. El espejo de una cultura en formación. El vivo resumen de un mundo emergente. Él era el pulso y el rumor de América (1972:26).

Ahora bien, a la luz de lo que he señalado anteriormente, Rubén Darío fue un fiel exponente del cosmopolitismo intercultural, ya que supo establecer vínculos de reciprocidad con otras culturas en los distintos niveles que ya hemos mencionado: afectivos, intelectuales y culturales.

El cosmopolitismo intercultural de Rubén Darío, que lo lleva a establecer relaciones recíprocas (sintéticamente expuestas aquí, pues cabría añadir numerosos estudios sobre este tema) con intelectuales de otros países y de una manera particular con el lenguaje, comienza a gestarse desde muy temprano en su trayectoria literaria. De esta manera, inicia un viaje migratorio que lo lleva a Chile en 1886. Con este viaje, Darío culmina con una época de intelectual y artista provincial, pues en este país tiene su primer contacto con lo urbano, en las ciudades de Santiago y Valparaíso, donde se publica *Azul* en 1888. Al publicar esta obra, el poeta se inserta tempranamente como poeta trasatlántico y da inicio a un proceso literario que lo llevará a ser considerado como el punto clave del modernismo latinoamericano.

De regreso en su país y luego de interactuar con el ambiente literario chileno, el poeta es nombrado secretario de la delegación que el gobierno de Nicaragua envía a España para “las fiestas del IV centenario del descubrimiento” en 1892. De este modo, gracias a este viaje, Darío forma relaciones con intelectuales de la generación del 98 como Salvador Rueda, Campoamor, Menéndez Pelayo, Castelar, Núñez de Arce y Emilia Pardo Bazán, estableciendo así vínculos culturales bilaterales entre América Latina y Europa. Mediante estas redes que el poeta forja intercontinentalmente (y que se fortalecen aún más con sus posteriores viajes a Europa) logra superar definitivamente el provincianismo al que estaba determinado en su país de origen, localizándolo y ubicando al continente americano en el mapa cultural histórico. Así, esta trayectoria intercultural que se inicia en Nicaragua, culmina en París, capital de la modernidad y epicentro remitente de la poesía dariana.

Ya de regreso en América y después de haber tenido un encuentro no muy agradable con Paul Verlaine (posiblemente en poeta francés que más influyó en su obra) en Francia, Rubén Darío se establece en Buenos Aires en agosto de 1893. La llegada del poeta a la capital argentina, fue muy acertada para sus ambiciones y espíritu cosmopolita. Esta ciudad como el propio poeta lo señala, era la gran *cosmópolis* de la época, el foco de actualidad, donde grandes diarios llenaban el ambiente con los hechos y las ideas del mundo. Aquí encontraba la agitación intelectual y la curiosidad por todo lo nuevo. Así, gracias a su reconocido prestigio y creación intelectual, se convirtió rápidamente en el líder natural de un grupo renovador de la poesía española. Buenos Aires por su parte, se convirtió en el epicentro del movimiento modernista². Estando en

estas tierras precisamente, publica *Los Raros* (1895) y *Prosas Profanas* (1896), llegando a convertirse de esta forma, en el principal portaestandarte del modernismo.

Los vínculos con España

Con la consagración de *Azul* por parte de Juan Valera en 1888, comienzan a establecerse los más firmes lazos culturales entre España e Hispanoamérica a fines del siglo XIX. Sin embargo, la etapa que podríamos denominar de consolidación intercultural entre ambos mundos, se inicia con el segundo viaje que Rubén Darío realiza a España en 1898. La llegada del poeta a tierras europeas, significó además, que el movimiento modernista que había alcanzado un rápido apogeo en la América española, diera frutos en la España de Cervantes. Rápidamente los nuevos escritores de España comenzaron a mostrar un interés creciente por la obra modernista en América. Por esta razón, el modesto hogar que Darío ocupó en su segundo viaje a España, fue visitado por la intelectualidad madrileña más escogida. Allí los jóvenes escritores escuchaban los versos que brotaban del genio creador del maestro y se contagiaban de sus impulsos creativos y de sus anhelos de superación. Darío en este marco, fue un verdadero maestro y líder intelectual que prontamente se transformó en el modelo a seguir por la joven intelectualidad española. Testimonio de aquello, es la carta que Francisco Villaespesa envía a Darío mientras éste se encuentra en París:

Admirable poeta: Aquí lo de siempre; mucha prosa, una prosa horrible. Los amigos continúan haciendo la vida de café; y los que aún tenemos el valor de sentirnos artistas nos aburrirnos en este ambiente de ramplonería. ¿Cuándo viene usted? Hágalo pronto. Necesitamos su ayuda, sus consejos y su dirección para luchar... Usted ha producido una verdadera revolución en este pobre país; ha abierto horizontes nuevos a esta juventud; le ha conducido al combate, y hoy, cuando más falta hacía un jefe que nos dirigiera, que nos guiara a la victoria, Ud. nos abandona a nuestras propias fuerzas y nos deja en manos de nuestros enemigos... (1943:89).

Entre las amistades que establece Darío en su segundo viaje a España, destacan los vínculos con los hermanos Machado, Antonio Palomero, Juan Ramón Jiménez, Francisco Villaespesa y Miguel de Unamuno, entre otros. Así describe el poeta su vínculo con Unamuno, por ejemplo:

Me presentaron una tarde, como a un ser raro —«es genial y no usa corbata», me decían— a don Miguel de Unamuno, a quien no le agradaba, ya en aquel tiempo, que llamaran el sabio profesor de la Universidad de Salamanca...Cultivaba su sostenido tema de antifrancesismo. Y era indudablemente un notable vasco original (2000: Cap. LI).

Precisamente, Unamuno en el lado español y Darío en el lado hispanoamericano, son dos ejemplos de intelectuales ligados por intereses estéticos y profesionales que adquieren una relevancia fundamental en el anhelo de volver a trazar el mapa cultural que por un lado permitiera “europeizar” a España y por otro, otorgarle reconocimiento y visibilidad en la escena internacional, a los países más modernos de América Latina que también aspiran a una “europeización” de sus cultural nacionales³. De esta manera, aunque Francia fuera el principal modelo estético moderno y París su capital, entre

españoles e hispanoamericanos comienzan a trazarse los vínculos de una marginalidad que podría llegar a revertirse con la idea de un hispanoamericanismo unido. De este modo, la latinidad reasegura la pertenencia a una comunidad diferenciada que establece vínculos de afinidades culturales y tradiciones negociadas, como si España e Hispanoamérica se desprendieran de sus respectivos continentes y fijaran una relación “espiritual” entre sus intelectuales, por sobre las diferencias políticas y territoriales.

Ahora bien, frente al afrancesamiento en bloque del medio intelectual en el que vivía (Chile, Buenos Aires) y de sus propios gustos estéticos, Darío sitúa a América Latina en una relación estrecha con España quizás como la mejor estrategia para obtener una visibilidad cultural. Por esta razón propone la unión como alianza alternativa:

De tal manera la raza nuestra debiera unirse, como se une en alma y corazón, en instantes atribulados; somos la raza sentimental, pero hemos sido también dueños de la fuerza.../ Desde México hasta la Tierra del Fuego hay un inmenso continente donde la antigua semilla se fecunda y prepara la savia vital, la futura grandeza de nuestra raza: de Europa, del universo, nos llega un vasto soplo cosmopolita que ayudará a vigorizar la selva propia. Mas he aquí que del norte parten tentáculos de ferrocarriles, brazos de hierro, bocas absorbentes...
(1950: 574)

A través de esta propuesta, Darío deja en evidencia que los lazos con España son fundamentales en su proyecto cosmopolita, puesto que son la oportunidad de afirmar una nueva identidad intelectual en América Latina. Los lazos intercontinentales, en este sentido, son posibles y deseables pues no se hacen en desventaja. América Latina debe establecer una cultura letrada reconocida para la consolidación de una identidad continental, pero también España debe ser reconstruida poéticamente.

Para el poeta España es una ruina que hay que reconstruir (el “Crepúsculo de España”) y en esa tarea los intelectuales hispanoamericanos pueden cumplir un rol protagónico si se lo proponen:

España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el dómine infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo definiendo se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la hija de Roma, la hermana de Francia, la madre de América. (1950: 576)

Los que vienen, los que son hoy esperanza de España, deben asentarse sobre las viejas piedras del edificio caído, y sobre él comenzar la reconstrucción, poniendo la idea nacional en contacto con el soplo universal; manteniendo el espíritu español, pero creciendo en la luz del mundo. (1950: 578)

No cabe duda que podríamos extendernos mucho más sobre los vínculos que establece Rubén Darío entre América Latina y España como parte de su proyecto cosmopolita. Sin embargo, más allá de los múltiples detalles que adornan esta alianza (sintéticamente expuesta aquí), lo que he querido destacar en estas líneas, es el espíritu unificador de un Rubén Darío preocupado por el estado y el porvenir de los pueblos hispánicos y su profundo interés por reivindicar España y devolverle su verdadera y fecunda tradición. Y España se lo agradecería, pues tras la publicación de su obra *Cantos de vida y esperanza* en Madrid en 1905, Darío alcanzó el triunfo de sus propósitos literarios, y con el apoyo de los jóvenes literatos su éxito fue definitivo. España, madre del idioma, era revolucionada intelectualmente por un iluminado venido de una de sus antiguas colonias.

La renovación del lenguaje

El cosmopolitismo intercultural que abraza Rubén Darío, innegablemente se expresa también en su búsqueda por un nuevo lenguaje, una nueva estética del arte que revolucionaría la forma de escribir en América Latina y España principalmente. Darío de este modo, se da a la gran tarea de traducir al castellano y al contexto latinoamericano la experiencia virtual de modernización que se estaba efectuando en Europa, especialmente en Francia. Esto lo hizo no mediante una observación directa, sino que por su relación con el lenguaje y con la lectura. Así lo manifiesta Octavio Paz en su ensayo “El caracol y la sirena” (1992), cuando declara que la reforma de los modernistas hispanoamericanos, consiste en primer término, en apropiarse y asimilar la poesía moderna europea.

Precisamente es Rubén Darío el principal intérprete de las formas y estilos que extrae de escuelas y autores franceses que habían traducido y modernizado los simbolismos del mundo antiguo. Estos contenidos extranjerizantes, de los cuales el poeta se apropia, serán un ingrediente fundamental en la reformación y renovación de la lengua española. Así lo expresa el propio poeta al referirse en “Historia de mis libros”, al origen de *Azul*, libro que marca el inicio de la renovación lingüística:

El origen de la novedad fue mi reciente conocimiento de autores franceses del Parnaso, pues a la sazón la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero, y menos en nuestra América. Fue Catulle Mendès mi verdadero iniciador, un Mendès traducido, pues mi francés todavía era precario. Algunos de sus cuentos lírico-eróticos, una que otra poesía de las comprendidas en el Parnasse contemporaine, fueron para mí una revelación. Luego vendrían otros anteriores y mayores: Gautier, el Flaubert de La tentación de St. Antoine, Paul de Saint-Victor, que me aportarían una inédita y deslumbrante concepción del estilo. Acostumbrado al eterno clisé español del Siglo de Oro y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar, ciertos modos sintácticos, de su aristocracia verbal, al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual. Y yo, que me sabía de memoria el Diccionario de galicismos de Baralt, comprendí que no sólo el galicismo oportuno, sino ciertas particularidades de otros idiomas, son utilísimas y de una incomparable eficacia en un apropiado trasplante. Así mis conocimientos de inglés, de italiano, de latín, debían servir más tarde al desenvolvimiento de mis propósitos literarios... (2005:199-200).

Como señala Darío, el idioma castellano padecía de un clisé que lo invalidaba para explorar nuevos idiomas que le permitieran adquirir y transformar su estructura sintáctica. Por esta razón, en su concepción cosmopolita y modernizadora del lenguaje, él se encarga de actualizar y poner al día las formas literarias del español en su poesía, como parte de su proyecto estético y cultural que busca transformar América Latina en una ciudad letrada. Rubén Darío de este modo, se transforma en un verdadero Cristóbal Colón poético. En cierto modo, le regresó a España, musicalmente, lo que ellos nos trajeron al descubrirnos: su lengua.

Ricardo Gullón comenta al respecto, que Rubén Darío:

Sin negar la obvia existencia del lenguaje como producto de un desarrollo y de unas circunstancias que le hacen ser y significar según es, decidió apropiárselo mediante deliberadas infracciones de la norma, escribiendo de otra manera, rehuyendo la carga de significados que la historia le ha dado y esforzándose en crear un lenguaje dentro del lenguaje, un lenguaje personal, tejido con las palabras de todos, pero obediente a un ritmo propio, a una ley interior [...] Con la poesía de Rubén entran en la corriente del idioma palabras nuevas (sin contar los galicismos, deliberados y numerosos), inventadas o florecidas por el puro deleite de utilizarlas y de hacerlas sonar en un contexto resplandeciente (2005:20-21).

Por su parte, Anderson Imbert afirma que Rubén Darío convirtió en orquesta sinfónica, una versificación española que durante siglos se había reducido a unos pocos tipos. Para Imbert, Rubén Darío dio vida a todos los metros y estrofas del pasado, aún a los que sólo ocasionalmente se habían cultivado, haciéndolos sonar a veces con imprevistos cambios de acento; y además inventó un lenguaje rítmico de infinitas sorpresas, sin salir de la versificación regular. Desde esta perspectiva, Imbert agrega más adelante, que el poeta cosmopolita por excelencia:

No sólo desarrolló todas las posibilidades musicales de la palabra, sino que para cada estado de ánimo usó el instrumento adecuado. Leyéndolo uno educa el oído; al educarlo, más planos sonoros aparecen en el recitado. Por su técnica verbal Darío es uno de los más grandes poetas de todos los tiempos; y, en español, su nombre divide la historia literaria en un “antes” y un “después”. Pero no sólo fue un maestro del ritmo. Con incomparable elegancia poetizó el gozo de vivir y el terror de la muerte⁴.

En suma, Rubén Darío fue un verdadero revolucionario de la lengua española de su tiempo, a la que revitalizó, liderando no sólo el modernismo hispanoamericano, sino también el peninsular. “Somos ya legión y contamos con treinta y cinco revistas en todo el continente; de todo eso va a salir la idea de América, que Europa va a descubrir dentro de poco” (1980:409), afirmó en Buenos Aires en 1897.

De esta forma, aquel poeta cosmopolita que saliera de un pequeño país de Centroamérica, a fines del siglo XIX, más tarde se convertiría en el valor poético hispano más grande desde el Siglo de Oro.

Conclusión

Rubén Darío es, sin duda, una de las voces poéticas más altas de la lengua castellana. Como padre del modernismo y embajador del cosmopolitismo intercultural, supo abrir eficazmente, las ventanas de la poesía española de su época a las novedades extranjeras y permitir así una verdadera renovación en el estilo y en la expresión de poetas y escritores. De igual modo, pese a las críticas de “extranjerizante” y “afrancesado” venidas de Hispanoamérica y España respectivamente, fue un ferviente defensor de las esencias de la cultura hispánica y conciliador entre dos mundos que encontraron su confianza en los valores originales del mestizaje.

Respecto al cosmopolitismo intercultural, que he propuesto como tesis principal en este trabajo, puedo señalar que éste fue un principio rector en la vida y obra de Darío y que, como he intentado demostrar aquí, se manifiesta de distintos modos:

- a) Mediante un proyecto literario y extraliterario que buscaba fortalecer la idea de una América Universal.
- b) Mediante la búsqueda de un pensamiento innovador venido de distintas latitudes, que no implicaba precisamente, la pérdida de las tradiciones y su condición de criollo americano.
- c) Mediante las alianzas afectivas e intelectuales, que Darío estableció con diversos escritores, artistas, presidentes, ministros, etc.

Todo lo anterior, deja en evidencia el espíritu cosmopolita de Rubén Darío y su afán por hacer de América una patria grande. Esto lo convierte, sin duda, en la más alta manifestación de la poesía hispánica, porque Rubén Darío fue poeta de todos los países de lengua española, empezando por España.

Bibliografía

DARÍO, Rubén. 2005. *Páginas Escogidas*. Madrid: Cátedra

DARÍO, Rubén. 2000. *La vida de Rubén Darío. Escrita por él mismo*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

DARÍO, Rubén. 1950. “El triunfo de Calibán” en *Mundo Adelante. Obras completas*, Vol. IV. Madrid: Afrodisio Aguado.

GHIRALDO, Alberto. 1943. *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires: Losada.

GULLÓN, Ricardo (Editor). 2005. Introducción a *Páginas Escogidas* de Rubén Darío. Madrid: Cátedra.

MARTÍN, Carlos. 1972. *América en Rubén Darío*. Madrid: Gredos

TORRES, Edelberto. 1980. *La Dramática Vida de Rubén Darío*. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana

¹ En otras palabras, se trata de promover la apropiación selectiva y crítica de lo que otra cultura, distinta a la nuestra, nos ofrece. Para ello es necesario una actitud madura y receptiva que permita reestructurar lo propio y modificarlo reflexivamente.

² Ver Ledesma, Roberto. 1964. *Genio y figura de Rubén Darío*. Buenos Aires: Universitaria

³ Sobre la europeización en América Latina, Edward Said (1993), señala que el europeísmo se había constituido en el siglo XIX en una ideología que había penetrado todo (desde la clase obrera al feminismo) y un paradigma homogéneo regía las identidades culturales de los modernos occidentales. Los intelectuales y artistas “esteticistas” latinoamericanos jugaron un rol central en la difusión de los gustos modernos de la cultura occidental poniendo al alcance de sectores cada vez mayores el gusto de las tradiciones estéticas modernas, homogeneizándolos y tratando de borrar, por captura, las diferencias.

⁴ Tomado de “Rubén Darío y la Crítica”. En www.dariana.com/critica.html